

Ray Celestin

Sunset Swing

Traducido del inglés por Mariano Antolín Rato

Alianza Editorial

Título original: *Sunset Swing*

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

*Copyright © Ray Celes tin, 2021
© de la traducción: Mariano Antolín Rato, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-132-8
Depósito legal: M. 26.319-2022
Printed in Spain*

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

NOTA SOBRE EL TÍTULO

Se ha mantenido el título original debido a las dificultades que supone traducir todos sus matices. Como la novela se desarrolla en Los Ángeles (California), *Sunset* parece referirse al famoso Sunset Boulevard, símbolo del glamur de Hollywood. Pero quizá pretenda sugerir la decadencia de sus principales protagonistas, ya que *sunset* es «puesta de sol», «ocaso». La famosa película de Billy Wilder *Sunset Boulevard* (en español estrenada con el wagneriano título de *El crepúsculo de los dioses*) apunta en esos dos sentidos.

Swing es un término con origen en el jazz. Como declaró Louis Armstrong (personaje fundamental de la novela): «Si no lo sientes, nunca sabrás qué es».

Para Julia

«Tras una compra y venta febril de terrenos, la costa se ha transformado por completo y resulta irreconocible. Cada casa que se construye, mayor y más lujosa, impide la vista de sus vecinas según una especie de desenfrenada competición [...] Los promotores han demolido Santa Mónica impidiendo que se restaure [...] Una vez perdido, un paraíso nunca se puede recuperar.»

LAWRENCE CLARK POWELL,
Bibliotecario de la Universidad de California
en Los Ángeles, 1958

«Este es un paisaje de deseo [...] Más que en casi ninguna otra concentración importante de población, la gente vino al sur de California a consumir el medio ambiente en lugar de producir a partir de él.»

HOMER ASCHMANN,
Geógrafo, 1959

PARTE UNO

A SOLAS JUNTOS

Diciembre de 1967

Los Angeles Times

EL DE MAYOR CIRCULACIÓN DEL OESTE

Última edición del viernes

VIERNES, 15 DE DICIEMBRE DE 1967

80 PÁGINAS DIARIAS, 10c

NOTICIAS LOCALES

SE ATRIBUYE A «EL MATARIFE NOCTURNO» UNA TERCERA VÍCTIMA

Nick Thackery
Redactor de sucesos

SILVER LAKE – Ayer tarde se encontró a un hombre brutalmente asesinado según una matanza ritual que la policía dijo podría estar relacionada con los otros dos asesinatos anteriores del «Matarife Nocturno». Inspectores del Departamento de Policía de Los Ángeles identificaron a la última víctima como Anthony Butterfield, de 43 años, ingeniero del Programa de Aviación Avanzada de la Lockheed. Un amigo encontró el cuerpo del señor Butterfield a última hora de la tarde del jueves en la casa de la víctima.

Hubo informes de que el mismo símbolo de un crucifijo visto en los dos asesinatos anteriores se encontró trazado con tiza en el interior de la vivienda, aunque los

policías presentes en la escena del delito se negaron a confirmarlo. El único comentario hecho al respecto por el inspector Robert Murray, del Departamento de Policía de Los Ángeles, fue que el asesinato «parecía ritual. Como los otros». También él rehusó comentar la naturaleza exacta de la muerte con la autopsia aún pendiente.

El recientemente nombrado forense del condado, doctor Thomas T. Noguchi, llegó a primera hora de la noche. Dejó la casa una hora después, pero se negó a responder a las preguntas de los numerosos informadores.

Consternación en el vecindario

Los residentes cercanos se congregaron en sus jardines durante las horas de la tarde y noche contemplando los movimientos de la policía y otros funcionarios en los alrededores de la casa y jardín de la víctima. Lo sucedido remitía a los dos asesinatos anteriores, y todo el vecindario temía por su propia seguridad. A pesar de que la investigación lleva en marcha desde octubre, no se ha detenido a nadie, aunque la policía manifestó que se está siguiendo la pista de varios posibles sospechosos.

En los dos asesinatos anteriores no se encontraron armas ni estupefacientes en la escena del crimen, y no pareció que faltara nada, lo que sugiere que el motivo no era el robo. No está claro que este último asesinato también se atenga a ese modelo.

Víctimas hasta el momento

- 1) Mark McNeal, 28 años, médico en el Hospital General de Los Ángeles, asesinado en su casa de Manhattan Beach el 15 de octubre.

- 2) Danielle Landry, 23 años, actriz, asesinada en su apartamento de West Hollywood el 22 de noviembre.
- 3) Anthony Butterfield, 43 años, ingeniero, asesinado en su casa de Silver Lake en las primeras horas de la mañana del jueves 14 de diciembre.

Conflicto jurisdiccional

Este último asesinato eleva a tres el número de cuerpos de seguridad implicados en el caso, pues cada uno de los delitos se cometió en una jurisdicción diferente: el asesinato del señor Butterfield en Silver Lake queda en el ámbito del Departamento de Policía de Los Ángeles. El asesinato de Ms. Landry en West Hollywood queda a cargo del Departamento del Sheriff, y el asesinato del señor McNeal al del Departamento de Policía de Manhattan Beach. Inspectores presentes en la escena del crimen se negaron a comentar hasta qué punto cooperaban los tres cuerpos entre ellos.

Pásese por favor a la página B, col. 3.

Martes, 19 de diciembre

LOS ÁNGELES ERA SOL; Los Ángeles era oscuridad. Los Ángeles era el sueño dorado y la promesa no cumplida. Era autopistas y atascos, desfiladeros y esmog, estrellas arrancadas del cielo y sepultadas en las aceras. Era siete millones de almas soñando el sueño, vagabundos, estafadores y políticos corruptos. Los Ángeles era el lugar al que venían los blancos para comprobar que no quedaba sitio. Para la policía era un campo de batalla; para los delincuentes, un terreno de juego, y para los residentes en Watts, «Alabama empeorado». Misisipi con palmeras. Los Ángeles era donde podías conducir el día entero y no llegar nunca, una ciudad conectada y diseccionada por autopistas que se retorcían como serpientes en la noche. Era tanto saqueadora como saqueada. Los Ángeles crecía con contratos del ejército y la pulsión de muerte de la Guerra Fría, pero engañaba al mundo haciendo que pensase que era el negocio del glamur. Los Ángeles era la hermosa mentira.

Y puede que fuera por esto por lo que, como millones de otras personas, Kerry Gaudet tenía la sensación de que conocía Los Ángeles antes incluso de poner los pies allí. Pero cuando sus sesenta dólares ahorrados para el vuelo la trajeron desde Spokane y se bajó del avión, notó algo más de lo que se había enterado por los programas de la tele y las revistas ilustradas; tuvo la sensación de cierta fricción en el aire, de que algo pen-

día de un hilo, de cierta locura. Y podría asegurar que los demás pasajeros también lo sentían. Los Ángeles era tan histórica como Saigón.

Kerry cogió su bolsa de la cinta transportadora, alquiló un Oldsmobile Cutlass en la delegación de Hertz y condujo hasta el motel que le había reservado la agencia de viajes. Estaba enclavado entre almacenes y talleres en un tramo lúgubre de Culver City, justo a un costado de la 405. El motel era de estilo indio, y sus cabinas de cemento tenían forma de tiendas indias, de modo que parecía como si una tribu de siux hubiera acampado allí mismo a la sombra de la autopista.

Se quitó la cazadora militar, se untó crema para quemaduras en el cuello y pecho y tomó dos codeínas para calmar el dolor. Se puso unos pantalones capri, unas deportivas y una camiseta de algodón, que se pegó a la crema para quemaduras. Aunque en su cabina había teléfono, salió del motel para utilizar el teléfono público del otro lado de la calle y llamar al hombre del que le habían hablado sus colegas en Vietnam. Él se mostró de acuerdo y le dijo un lugar donde verse antes de colgar. Ella dejó el auricular y sintió un ramalazo de miedo. Solo entonces rezó para que pudiera confiar en el hombre.

Cruzó de vuelta a su tienda india y se detuvo un momento para mirar el cartel gigante que se alzaba imponente en los terrenos del motel, tapando parcialmente la rugiente autopista que circulaba detrás. Tenía pintadas arboledas de naranjos y viejas grúas, playas idílicas y autopistas resplandecientes, las letras de Hollywood y ondulantes montañas verdes. Una pareja cabalgaba en aquel paisaje, y aunque solo aparecían sus siluetas, Kerry tuvo la sensación de que eran felices y estaban sanos, equilibrados. Debajo figuraba el eslogan municipal de la ciudad: *¡Todo eso pasa a la vez en Los Ángeles!*

Pasó un estruendoso camión que hizo trepidar el cartel.

DE VUELTA A SU HABITACIÓN, Kerry vació su saco del ejército y se encaminó con él al Cutlass. Cogió el plano de Los Ángeles de la guantera y encontró dónde se suponía que iba.

Dobló al norte de la 405. Vio pasar el parpadeo de la ciudad, la luna que la bañaba con una luz blanzuca. Aquel espasmo en el aire una vez más, aquel viento febril. Se le ocurrió que podía ver granos de arena proyectados en la noche y que trazaban estelas en la oscuridad.

Cruzó el paso Sepúlveda entre las montañas, salió al otro lado, doblando al este, y llegó al lugar del encuentro: el aparcamiento del Big Donut para coches en la esquina de la Kester Avenue y Sherman Way. El lugar estaba desierto, un páramo de asfalto interrumpido únicamente en el centro por el puesto donde se atendía sin bajarse del coche, con el techo adornado por un dónut gigante de cemento. Kerry comprobó la hora; llegaba demasiado pronto.

Aparcó. Esperó. Se inquietó. Bajo la camiseta, la crema para quemaduras le resultaba pegajosa y picante, una sensación que volvió a traer los ecos de pesadilla de la tormenta de fuego de todas aquellas semanas atrás. Se reajustó la camiseta y la piel se le peló y empezó a picarle. Examinó los alrededores, sintiéndose cohibida y preguntándose si parecería sospechosa.

Su mirada aterrizó en el dónut gigante de cemento incrustado encima del puesto donde se atendía. El agujero central revelaba un círculo de cielo nocturno desprovisto de estrellas por la contaminación lumínica y la contaminación propiamente dicha. Kerry se quedó mirando el anillo de cemento vacío y se preguntó qué vistas se estaba perdiendo. En algún punto más allá del esmog, las constelaciones continuaban describiendo su vasto giro en torno a Polaris, las nebulosas destellaban, y los cometas atravesaban la oscuridad inalterable.

Buscó en la radio y recorrió el dial hasta que una canción se impuso a la estática —«Alone Together» [«Juntos a solas»], de Chet Baker—, una lenta y triste canción de jazz que su padre acostumbraba a oír en la antigua casa familiar de Gueydan cuando Kerry y Stevie eran niños, antes de que su madre se largara y su padre se internara en el pantano y se saltara la tapa de los sesos con una Ithaca Pump. Inmediatamente después a Kerry y Stevie les obligaron a dejar la casa familiar y a seguir un largo y doloroso camino por casas de acogida y orfanatos de Vermilion Parish, Luisiana.

Y ahora Stevie había desaparecido. Arrebatado por la oscuridad que planeaba sobre aquella extraña y desperdigada ciudad. Su último pariente vivo, con el que había atravesado el infierno.

Chet Baker terminó la canción con un susurro, pero los salobres recuerdos de Luisiana continuaron inundando la mente de Kerry, envueltos en las lentas e incansable mareas del pantano. Se le ocurrió una vez más que podía ver granos de arena, ahora arremolinándose por el asfalto, quedando fijos durante un instante con la forma brillante de una onda.

Un Lincoln Continental entró en el aparcamiento. Todo negro y plata impecables, brillando como un tiburón. El pecho de Kerry se tensó. El Continental rodó lentamente, giró. Sus faros barrieron el suelo. Ella alzó una mano cautelosamente. El coche se detuvo en la plaza contigua a la suya y de él bajó un hombre, que sacó una bolsa grande del maletero. Dio un rodeo y se metió en el asiento del acompañante del coche de Kerry.

Era japonés, o coreano, quizá, llevaba un traje azul celeste con un clavel rosa en la solapa y el pelo con raya a un lado y embadurnado de una gomina que olía de modo parecido a la crema para quemaduras de Kerry. Sus rasgos eran angulares, severos, casi como si hubieran sido tallados a navaja.

Kerry saludó con la cabeza al hombre, tratando de disimular lo tensa que estaba. Él devolvió el saludo y echó una ojeada a las cicatrices de la cara de Kerry, sorprendido por su aspecto. ¿Cuántas veces había vendido su mercancía a mujeres desfiguradas de apenas veinte años?

—¿Lo encontraste fácilmente? —preguntó.

—Claro.

Ella paseó la vista por el aparcamiento vacío y se preguntó por qué le había pedido que se vieran allí. No podían resultar más evidentes ni a propósito.

—Conozco a los dueños —dijo él, como si le leyera el pensamiento—. Y los dónuts son buenos.

Abrió la bolsa, sacó un Colt del 38 con armazón de aluminio, una Ithaca Pump modelo de la policía, cajas de balas y proyectiles. Ella com-

probó las armas para asegurarse de que habían borrado los números de serie, fijándose en que habían limado las miras de la parte delantera del Colt. Pasó una mano por la escopeta, el negro de cuyo cañón brillaba. Pensó brevemente en su padre, y vio su cuerpo aún flotando en el pantano. Lo introdujo todo en su saco del ejército.

—¿Trae también el otro material? —preguntó.

El hombre asintió. Rebuscó y sacó dos frascos de pastillas con Dilaudid suficiente para mantener a raya el dolor durante el tiempo que durase su estancia.

—Gracias —dijo ella.

—Si quieres algo más, te lo puedo conseguir: costo, ácido, coca, caballo, metacualona, bencedrina, metedrina, poppers, STP, MDA.

—Eso solo, gracias. ¿Cuánto le debo?

Aquel era el momento que le había estado preocupando, pero ahora que conocía al hombre, sabía que él no trataría de robarle o de algo peor.

Le pagó lo indicado. Era casi la mitad del dinero que llevaba encima, pero sacó su bolso y pagó sin regatear. Él le dio las gracias con un gesto de la cabeza.

—Bien, será mejor que me vaya —dijo él, abriendo la puerta—. Si necesitas algo más, solo tienes que marcar el número. Y ten cuidado, hay un asesino suelto por ahí.

Ella frunció el ceño al escucharlo, pero él no se detuvo a dar explicaciones.

AQUELLA NOCHE UN SANTA Ana barría la ciudad. Un viento del desierto. Empezaba en el Mojave, al este de Los Ángeles, y adquiría velocidad trayendo partículas de arena e iones positivos. Se precipitaba desde las montañas y recorría las grandes llanuras asfaltadas de la ciudad, llenándolas de arena y un irritante calor que crispaba los nervios. El porcentaje de delitos aumentaba. Los suicidios también. Los Ángeles oscilaba en el filo de una navaja.

Y eso pasaba en Fox Hills, en sus solitarias calles, en el porche de una casa donde Ida Young, sentada ante una tambaleante mesa plegable, encorvada sobre una máquina de escribir Remington, forcejeaba con sus memorias. Aquella noche el avance era especialmente difícil, e Ida lo atribuía al Santa Ana. Notaba su presencia incluso antes de oírlo trepidar en la calle, antes de que los coyotes empezaran a aullar, antes de que las lejanas colinas se pusieran a brillar, pues, aparte de todo lo demás, el Santa Ana provocaba incendios forestales.

Ida lo sabía. Estaba en la ciudad en 1957, cuando el viento sopló durante catorce días y alcanzó fuerza de huracán, y se ordenó a la gente que no saliera a la calle. Y estaba allí en 1961 y 1964, cuando los incendios forestales incontrolados destruyeron Bel Air y Santa Bárbara. Y solo el año anterior había muerto una docena de hombres que luchaban contra el fuego en las montañas de San Gabriel.

Aquella noche la ciudad herviría de violencia. Y en el porche de Ida en Fox Hills el viento enrrollaba el papel y secaba la tinta. Pensó en echar a perder la noche y tumbarse a dormir, pero el Santa Ana alteraba los miembros, hacía difícil la respiración.

Volvió a entrar en el chalé para servirse un bourbon y regresó al porche. Distinguió a lo lejos los faros de un coche que doblaba hacia el bulevar Sepúlveda, con sus luces cortas alumbrando un camino en la noche que enfilaba su dirección. Habitualmente en noches como aquella, cuando la ciudad estaba sofocada por la inquieta malignidad del viento, Ida esperaba encontrarse involucrada en un asesinato, en medio de alguna escena de espantosa violencia. Pero ahora les tocaba a otras personas ocuparse del derramamiento de sangre. Ahora lo único que podía hacer ella era esperar pacientemente.

Ida siguió la dirección de los faros cuando destellaban y parpadeaban y luego desaparecían una vez más en la oscuridad. Sentada en la mecedora justo al lado de la puerta delantera, se inclinó hacia la mesa lateral y encendió la radio. Sintonizaba una emisora de jazz en la que estaba sonando una canción que conocía: «Alone Together», de Chet Baker. Una canción triste, toda días lluviosos y habitaciones de hotel y pena. Subió el volumen, escuchó la atormentada y hermosa trompeta y se preguntó qué habría sido del guapo y afligido hombre que la tocaba durante todos esos años; si estaría vivo aún, si encontró algún consuelo, si habría seguido el amargo camino de tantos otros intérpretes de jazz.

Los faros del coche reaparecieron, señales luminosas en la tierra alta. Aún a unas cuantas calles de distancia, pero todavía dirigiéndose hacia ella. Ida pensó en el revólver que tenía guardado en la casa. Imaginó el peso en su mano, los rebordes de su empuñadura. Luego le extrañó estar tan nerviosa. Puede que fuera el viento, puede que fuera el asesino que actuaba en Los Ángeles provocando una carnicería, dejando a toda la ciudad con el alma en vilo mucho antes de que soplara el Santa Ana. Ida no era inmune al miedo, aunque hubiera pasado por todo eso antes, décadas atrás en Nueva Orleans.